

# ¿QUE PIENSAN LOS TESTIGOS DE JEHOVA?

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA



**LOS TESTIGOS ME ENTREVISTAN.**—Estuve durante la Asamblea en Toulouse —a la que dije, en mi reportaje anterior, que asistieron diez mil españoles— con dos de sus principales dirigentes españoles, don José Orzáez y don Antonio Navacerrada, que me hicieron varias preguntas directas, que a continuación transcribo.

—¿Por qué se muestra usted tan amistoso siempre con nosotros —me dijeron— a pesar de no ocultar sus propias ideas católicas? ¿Es que el ecumenismo le lleva a esta actitud tolerante?

—No —le contesté yo—; no es que me vuelva un poco delicuescente a la hora de vivir mis convicciones. Ni tampoco pretendo decir demasiado bonachonamente que todo es igual en la vida.

«Mi idea es clara y coincide con lo que San Pablo les pedía a los habitantes de la ciudad de Filipo, en Asia Menor: «Seamos todos del mismo espíritu, con un mismo amor y un mismo sentir». Una cosa son los conceptos con los que interpretamos nuestra experiencia cristiana y otra muy distinta el fondo vital que encontramos en la Biblia.

«En ella expresaron los primeros cristianos, y su fundador, las experiencias positivas que tuvieron; y hoy podemos revivirlas, sin grandes teorías, con saber un poco la mentalidad y costumbres de aquella época en que ellos vivían. Eso es lo suficiente para coincidir con esos antiguos cristianos, a pesar de los veinte siglos que nos separan. Y quien hace esta aproximación vital, no conceptual, es cristiano, porque vive fundamentalmente lo que vivió el fundador del cristianismo, aunque él lo hizo en

una cultura pre-científica y artesanal, y nosotros lo hacemos en una cultura científica e industrial.

«Yo creo que, coincidiendo en el deseo de paz, de cooperación, de neutralidad y de no-violencia, tenemos una visión semejante de la sociedad del futuro, y eso aunque yo interprete más espiritualmente que ustedes el discurso de San Mateo sobre el fin del mundo, o las revelaciones simbólicas del Apocalipsis sobre la historia humana y su final.

—¿A qué atribuye usted, como católico, señor Miret, esta expansión tan fuerte y tan rápida que experimentan los Testigos de Jehová por todo el mundo?

—Cuatro son los factores que me parecen decisivos para explicar su propagación: el primero es el contacto constante y personal con la Biblia. No se olvide usted que los católicos apenas la leemos, y cuando lo hacemos nos olvidamos de que la reflexión personal es imprescindible. Contra lo que la gente cree, casi ninguna frase de la Sagrada Escritura tiene definido su sentido por la Iglesia católica: Pío XII lo dijo en su encíclica *Divino Afflante*, y no le hemos hecho caso. «Son muy pocas las cosas, en los Libros Sagrados, cuyo sentido haya sido declarado por la autoridad de la Iglesia», dijo este Papa en mil novecientos cuarenta y tres. Por eso podemos y debemos ejercitar la lectura bíblica personal sin miedo, aunque con responsabilidad, eso sí.

«El segundo factor son las ideas claras y sencillas que suelen exponer los Testigos. En un mundo donde todo está confuso y lleno de complicadas interpretaciones, se necesita respirar un clima de sen-

cillez doctrinal, y ustedes lo consiguen.

«El tercer factor es la postura dura que adoptan los Testigos de Jehová contra «el sistema de cosas» de este mundo, cuya «conclusión» anuncia San Mateo para el «fin de los tiempos», que —según ellos— ha comenzado ya. Las fuertes frustraciones que el hombre medio —y sobre todo la juventud— siente respecto a la civilización occidental, que no le satisface en sus anhelos humanos más elevados y la defrauda en su inmediato afán de seguridad y desarrollo, ayudan a aceptar esta fuerte crítica de nuestra organización occidental económica, social y religiosa. Es lo mismo que uno de los mejores teólogos cristianos, el profesor checo Hromadka, criticaba: «El servicio divino que celebramos públicamente, y la organización de las Iglesias, ¿no se han convertido en fachadas que ocultan un verdadero vacío espiritual?» («Evangelio para los ateos», Ed. ZYX). La verdad es «que los países llamados cristianos siguen siendo, y cada vez más, insensibles al mensaje del Evangelio auténtico» (idem). Hay que confesar, por eso, que «el hombre sin Dios es un espejo —y nada más— de una Iglesia sin Dios», que es la que realmente hemos vivido muchas veces.

«Y el cuarto factor de éxito es el contacto personal, el ir «casa por casa» y no sólo inventar nuevos métodos, grandiosos y espectaculares, que no se encuentran ni en el Evangelio ni el sociología actual. Así, en mil novecientos cincuenta y nueve, en Norteamérica consiguieron los Testigos una proporción de convertidos treinta y una veces

mayor —en comparación con el número de sus seguidores— que los católicos.

## ENTREVISTANDO A LA JUVENTUD

A los Testigos de Jehová les gusta que les pregunten: están ahelando dialogar, explicarse y discutir sin violencia.

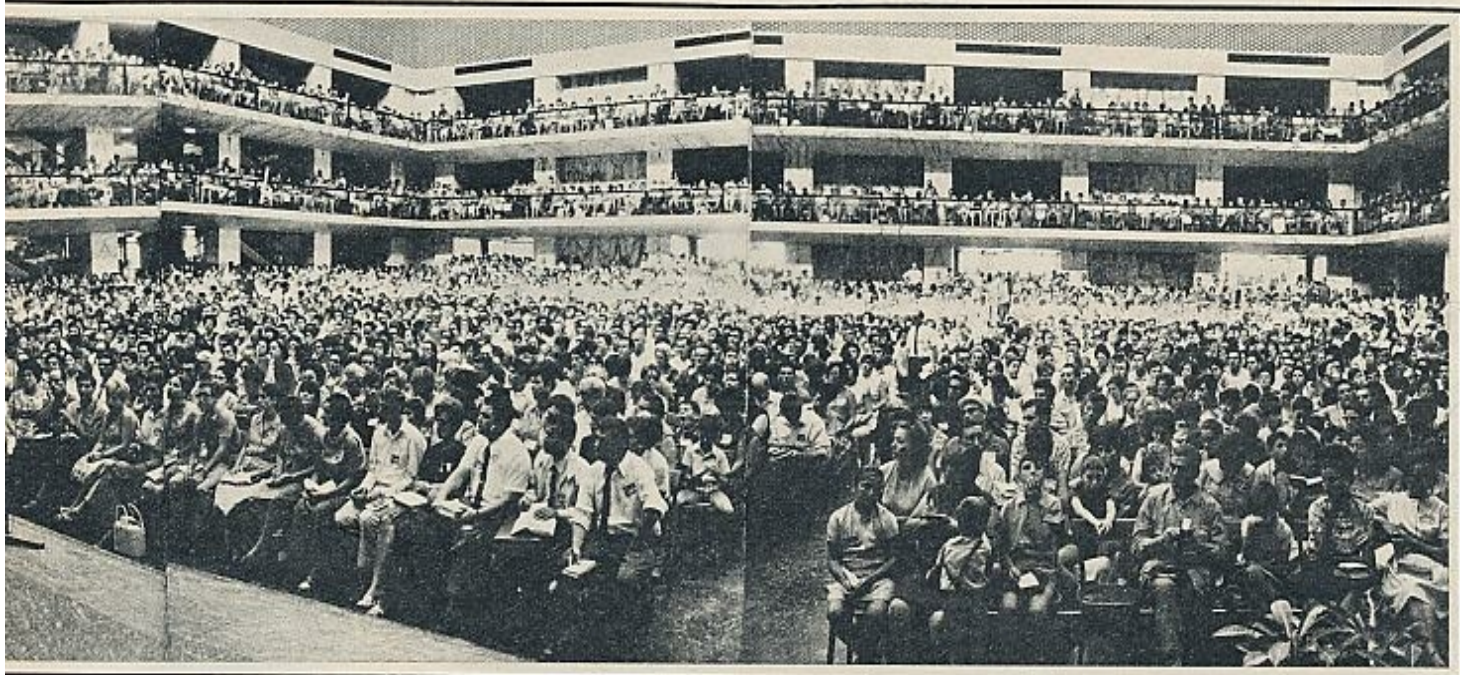
Me acerco a dos chicas jóvenes —de unos veintidós años—, que están siguiendo el programa de la Asamblea de Toulouse, bolígrafo en mano, y compulsando además la Biblia que tienen sobre sus rodillas.

Las dos están casadas y fueron hasta hace unos años católicas. El contacto con la Biblia —según me confiesan— les ayudó a «convertirse» a ellas y a sus maridos.

Van «casa por casa» todas las semanas para convencer a los indiferentes; estudian los libros editados por los Testigos sistemáticamente y comentan en común sus análisis de la Biblia.

Una de ellas ayuda a su marido en su labor diaria de predicación por las casas, dedicando a ello todas las tardes. Su marido es aparejador y ha dejado todas sus actividades profesionales para dedicarse a ser «publicador» del Evangelio con plena dedicación. La familia es católica, aunque no practica, pero han roto con ella por haberse hecho Testigo de Jehová. Se casó civilmente, pues considera que así era el matrimonio en tiempos del primitivo cristianismo, tal como se deduce de las costumbres de los creyentes en el Nuevo Testamento.

Yo le aclaro que durante siete siglos, como acaba de demostrar



el teólogo católico Schillebeeckx, en la Iglesia latina no se celebraba el matrimonio eclesiásticamente, sino civilmente. Y el que tenía fe, por el simple hecho de vivirla, santificaba, sin más ceremonia religiosa, la ceremonia civil, que es la única que hubo durante más de seiscientos años de catolicismo occidental.

Como las veo a ambas tan entregadas a la actividad bíblica, les pregunto si tienen muchos hijos y me contestan que no.

Entonces me atrevo a lanzarles la pregunta:

—¿Qué pensáis del control de natalidad?

Y me contestan al unísono:

—Si es por motivos que no son egoístas, la Biblia no se opone a ello, siempre que el método empleado no sea inmoral —el aborto, por ejemplo—. En el Génesis se pide que se propague el género humano, pero cuando éste ya se ha difundido por todo el mundo y hay problemas humanos de hambre o de dedicación a una tarea espiritual, ¿qué dice el Nuevo Testamento? No hay precepto que obligue a poner por encima de todo la procreación de los hijos, antes es el amor lo principal, como decía San Pablo. Y, en último extremo, todo debe quedar —terminan diciéndome— a la conciencia sincera y responsable de cada uno; lo que no puede haber son recetas fijas, sino responsabilidad personal.

#### UN ACUARELISTA

El ministro que preside los grupos de una provincia española es un conocido pintor acuarelista.

Le pregunto sobre algunas doctrinas que sustentan los Testigos, y me quedo sorprendido de las interpretaciones que sobre ellos corren entre los católicos. Piensan que un protestante —y más todavía un Testigo de Jehová— no puede creer, por ejemplo, en la Virgen María.

Sin embargo, en seguida me torpedea con varios textos de los libros que han escrito: «Jehová Dios escogió a una muchacha virgen para que llegara a ser madre humana de su Hijo celestial». Y esta virgen dio «su consentimiento a la acción del Dios Todopoderoso de hacer que ella quedara encinta por medio de su espíritu».

Hoy, el Catecismo católico holandés va mucho más allá que los Testigos y pone en entredicho la interpretación solamente biológica de la virginidad de María, inclinándose por el sentido espiritual de esta maternidad única en la Historia, sin entrar en detalles puramente fisiológicos que cree secundarios.

También me critica —este acuarelista granadino— duramente la corriente teológica que acepta demasiado complacientemente la muerte de Dios en el concepto de muchos hombres de hoy.

—Hay clérigos —dice— en el cristianismo actual que están absolutamente equivocados al decir «Dios está muerto»; la teología de la «muerte de Dios» está en el error.

Le pregunto también por qué no celebran ellos la Navidad: ¿es que no son cristianos? Y con pasmosa ingenuidad me lo justifica así:

—La Biblia ni siquiera contiene el nombre de Navidad: éste es un nombre que inventó la cristiandad

después de haber decidido esta fiesta en el siglo cuarto, y se celebra en una fecha ficticia porque los católicos y protestantes la conmemoran en una fecha y los ortodoxos griegos, en otra. Por eso nosotros no la celebramos, sólo recordamos la fecha de la muerte de Cristo, porque es la única que Él pidió que la celebrásemos.

#### UN OBJETOR DE CONCIENCIA

Me encuentro a continuación con un joven catalán que ha estado once años en prisión por negarse repetidamente a hacer el servicio militar.

Le pregunto si esta postura es obligatoria para los Testigos de Jehová. Y me contesta decididamente, pero sin acrimonia ni resentimiento alguno:

—No; cada uno es libre de actuar según su conciencia. Pero yo he creído que no debía colaborar a la acción de las armas, y eso me ha costado el trabajo de sufrir las consecuencias de mi convicción personal.

«En ese dilatado periodo de tiempo he convivido —me dice— con muchos objetores de diferentes prisiones: en la de Cádiz estuve, por ejemplo, con cincuenta y cuatro Testigos más, pero en otras me encontré solo, e incluso sin tiempo para leer. Y, a pesar de todo, no me desanimé nunca ni cejé en mi propósito. En abril último fui indultado sin haberlo solicitado.

Acaba de casarse con una Inglesa, también Testigo, que le visitaba en la prisión. No ha hecho el Bachillerato ni ha estudiado carrera

alguna; sin embargo, le gusta la literatura. Conoce bien a Curzio Malaparte, Somerset Maugham, Stefan Zweig, Françoise Sagan y Cecil Saint Laurent. Hoy prefiere leer biografías y arqueología.

No le interesa la política, y en su experiencia carcelaria —que es amplia y para todos los gustos— se encontró con muchos presos comunes, que siempre le respetaron y admiraron.

#### UNA INDIA, TESTIGO

En Andorra vive una familia de comerciantes indios cuyas dos hijas son Testigos de Jehová.

A una de ellas la entrevisté en Toulouse.

—¿Qué te hizo dejar el hinduismo? ¿No encontraste en sus doctrinas una ayuda espiritual elevada?

—No —me contestó—; cuando mi padre me dejó leer la Biblia, pues sin su permiso una joven india nunca podría hacerlo, porque estamos viviendo los indios una cultura fuertemente patriarcal, me encontré con Jesucristo, y su figura me atrajo hacia la cristiana religión. El hinduismo no cree en Jesucristo y no me ayudó por eso. Es necesaria una religión tangible, encarnada en la tierra y en sus problemas, y no una religión de evasión, que invite a no resolver nada de lo que nos angustia a los hombres. Los Testigos me hicieron preocuparme por el futuro de la Humanidad, y creí, como dice la Biblia, que «los mansos poseerán la Tierra» (Salmo 37, y Mateo V). La Tierra no es una perpetua reencarnación, como dice la religión hindú, sino el lugar de la resurrección.

## ¿QUE PIENSAN LOS TESTIGOS DE JEHOVA?

ción final de la muchedumbre de los hombres de buena voluntad. Y en esa esperanza concreta vivimos, porque no aceptamos una inmortalidad desencarnada de sólo el alma, sino la resurrección del hombre todo.

—¿Cómo te bautizaste?

—Igual que Jesús, que se sumergió completamente en el agua del río Jordán. Pero esta inmersión no limpia de pecados al que se bautiza; ese no es el propósito del Bautismo de los cristianos. El hundirse en el agua simboliza que está muerto el antiguo proceder de vida; y el ser levantado del agua representa que se sale a hacer la voluntad de Dios. Aquí se acaban de bautizar novecientos cuarenta y ocho nuevos Testigos. Después de este acto debemos hacer el propósito de unirnos con los que piensan igual que nosotros y asociarnos regularmente con una congregación del pueblo de Dios, porque un cristiano actúa diferentemente del mundo de los incrédulos, no lo olvide usted.

«El cristiano —sigue diciéndome— es un hombre o una mujer que por convicción religiosa «trabaja fielmente, poniendo en ello toda el alma, haciéndolo como si fuera para Jesús y no para los hombres» (S. Pablo a los Colosenses, III, 22). El hombre o la mujer que no trabajan de alguna manera, y el trabajo lo hacen concienzudamente, no son Testigos de Jehová.

«Satanás, el que es mentiroso y padre de la mentira, gobierna este mundo —y su organización mundana opresora— y será destruido en breve por el poder del cielo, y en esa esperanza vivimos de nuestro trabajo activo y cotidiano con esfuerzo, dedicando parte de nuestro tiempo libre a predicar estas noticias a los que no las conocen o no las aceptan.

### UN MAESTRO DE ESCUELA

La ciencia es también utilizada por los Testigos a favor de alguna de sus ideas, pero de ella eligen los puntos que más les favorecen. Como hizo el maestro de escuela, que expuso el tema de la evolución, en general, de este modo:

«Un ejemplo concreto bien claro, dentro de la evolución general, es el de la evolución humana. Partiendo de una interpretación literalista de la Biblia ven en este Libro Sagrado una descripción fixista del mundo, tanto el animado como el inanimado, en el que no se contiene la idea de una evolución intelectual, psicológica y biológica. La frase del Génesis "produzca la Tierra seres vivientes según sus géneros" es tomada en sentido casi científico, a pesar de que la Biblia no es un libro de ciencia, sino un manual de enseñanza religiosa».

No permiten, tal como se lee en

libros como «¿Llegó a existir el hombre por evolución o por creación?», las extrapolaciones que los científicos evolucionistas hacen para vislumbrar el proceso del origen del hombre, y se limitan solamente a los hechos históricamente probados. Pero cabría preguntarse: ¿cómo se va a saber algo anterior a la Historia de otra manera que por deducciones antropológicas y paleontológicas? Porque de no ser así, la Prehistoria no sería ya Prehistoria, sino verdadera Historia, y negar verbalmente la Prehistoria no es probar que haya sido inexistente. Su existencia queda demostrada suficientemente por argumentos científicos de otro orden distinto que el histórico. Las ciencias no se reducen sólo a la historia documental, a menos que neguemos la capacidad humana de deducción inteligente, a partir de datos concretos para interpretar su sentido.

Sin embargo, admiten la antigüedad del mundo material, porque dicen los Testigos: «La Biblia no da un período específico de tiempo a la creación misma de la Tierra... Esto permitiría miles de millones de años en que el material de la Tierra pudiera haber existido antes de ser habitada la Tierra por cosas animadas».

Es cierto —y en esto tienen razón los Testigos— que ninguna hipótesis explicativa de la evolución es plenamente satisfactoria, pero la evolución misma —como dice el gran biólogo Jean Rostand— es un hecho.

No obstante, es aleccionador el trabajo hecho por los Testigos de Jehová para encontrar errores en los métodos de fechar los objetos fósiles. Por ejemplo, el método llamado del «reloj de radiocarbono», o el procedimiento del «potasio-argón», es evidente que han tenido graves fallos y tendrán que ser reconsiderados científicamente con mayor rigor para no caer ligeramente en afirmaciones demasiado fantásticas respecto a la antigüedad del mundo humano.

Pero lo que no hay que hacer —opino yo— es oponer evolución a creación, como hacen ellos. Bergson, el filósofo francés, creía precisamente en la evolución creadora, donde Dios tenía un primer papel. Idea que más tarde fue desarrollada por dos inteligentes católicos: el filósofo padre Sertillanges, O.P., y el paleontológico jesuita padre Teilhard de Chardin.

No se deben crear oposiciones entre cosas que nada tienen que ver entre sí, como es la ciencia y la religión. Y no hay que calificar de «satánicas» a las enseñanzas de la evolución. La época atea de Haeckel, con su célebre pero inexistente «batibio», está muy lejos. Hoy es la época del creyente evolucionista, tal como lo fue Teilhard de Chardin, un jesuita y científico de fama mundial.

### UN FUTBOLISTA Y UN CONVERSO

Me presentan a Jorge Mendoza, el conocido futbolista del Mallorca (que antes jugó en el Barcelona), que es de origen angoleño y hoy nacionalizado español.

Está todavía afectado por la reacción negativa de sus compañeros y dirigentes al hacerse Testigo de Jehová en Barcelona. Pero ha acogido estos inconvenientes con buen ánimo, porque hoy no quiere nada más que dedicarse plenamente a transmitir el mensaje evangélico tal como lo interpretan los Testigos. Hace dos años y medio que empezó el estudio bíblico y uno y medio que fue bautizado como ministro de la palabra.

Sale dos o tres veces por semana por los pueblos de Mallorca, y me dice que se encuentra en ellos con mucha indiferencia religiosa. Antes era católico por tradición y rutina; ahora ha arrastrado a su nueva creencia a toda su familia. Su conversión a la Biblia me asegura que no le fue fácil, porque era poco religioso, pero su preocupación por el futuro humano le llevó a decidirse. Ahora no sólo está contento con su hallazgo de la verdad espiritual en este Libro Sagrado, sino que cree convencidamente en la complicada exégesis que se hace, por ejemplo, en la obra titulada «Hágase tu voluntad en la Tierra», uno de los libros básicos de los Testigos.

Le pregunto a bocajarro:

—¿Qué piensas del Concilio?, ¿crees que se ha acercado más a las fuentes del cristianismo y que ha supuesto una renovación de la Iglesia católica?

Con decisión, me contesta:

—No; no lo creo. Las enseñanzas del Vaticano II no están bastante claras y ello hace que no se lleven a cabo con bastante fuerza.

Yo le replico:

—Sin embargo, la Constitución sobre la Revelación ha supuesto —como ha demostrado el teólogo calvinista Max Thurian— una profunda clarificación al poner la Biblia por encima de la autoridad eclesial: hasta el magisterio del Papa está por debajo de la Biblia y a ella debe conformarse.

Y entonces me dice:

—Sí; puede ser verdad, pero el clero apenas estima en la práctica la Biblia ni la conoce suficientemente; por eso tales afirmaciones tan interesantes quedan en la práctica sin valor.

Interviene entonces un muchacho joven, recién casado y atraído hace un año a los Testigos. Tiene un cuñado sacerdote y se encuentra en plena efervescencia proselitista. Me lanza, casi por sorpresa, la pregunta:

—¿Cree usted en la Trinidad?

Yo le llevo al ánimo de las explicaciones usuales que se han dado de este misterio en los manuales de teología católicos son

discutibles y a mí no me convienen. Sin embargo, creo que hay un misterio comunitario en lo profundo de la individualidad divina, y a eso, fundamentalmente, es a lo que se llama Trinidad. Un filósofo católico, como el profesor L. Dewart, ha demostrado que no tenemos por qué aceptar las abstractas distinciones y explicaciones de la Trinidad, que son propias de la cultura griega.

Seguimos después hablando de Papa. Y le saco a relucir el texto de Mateo XVI, donde Jesús le cambia el nombre a su discípulo Simón poniéndole el de Pedro, porque quiere hacerle piedra o fundamento humano de su Iglesia.

Me replica con el pasaje de la primera carta de San Pedro, donde a Cristo se le llama «piedra viva». Pero yo le contesto que también les llama —en ese mismo texto— a los apóstoles y seguidores suyos «piedras vivas». Por tanto, el hecho de que Jesús sea la roca principal no quiere decir que no haya rocas secundarias, que somos los creyentes, y Simón-Pedro fue la primera de ellas, porque el cambio de su nombre supone —en las costumbres hebreas— encargarle una nueva e importante misión, como le ocurrió a Abraham cuando le hizo Yavé padre de todos los creyentes, y para significarlo le cambió el nombre. Lo que sería anacrónico es pensar que este apóstol fue considerado entonces como Papa, con las prerrogativas y características que siglos después se les dio a los Romanos Pontífices, muchas de las cuales deben ser simplificadas.

Tiene, sí, que haber un Pastor supremo que coordine comprensivamente, pero que no sea dominante ni tiránico, sino servidor de todos. Otra cosa no la aceptaría yo, como católico, como la aceptan los teólogos católicos John L. MacKenzie, S. J., Hans Küng o Gregory Baum, O.S.A. Hay en el Nuevo Testamento un sentido colegial y popular de la conservación y guarda de la fe, que no lo puede borrar el que está puesto solamente para «presidir en el amor», como designaba, con gran acierto y precisión, hace quince siglos San Ignacio de Antioquía lo que debía ser la Sede Romana.

De estas entrevistas, los católicos debíamos sacar dos consecuencias: la necesidad imprescindible de conocer mejor la Biblia, sin prejuicios y usando nuestra razón, y la de estar «dispuestos a dar razón de nuestra esperanza a todo el que nos la pida», como exigía San Pedro. Mientras no estemos dispuestos a un estudio más crítico de nuestra propia religión y al diálogo totalmente sincero con los que no piensan como nosotros, seremos sólo unos autómatas de nuestra propia religiosidad. ■ ENRIQUE MIRET MAGDALENA. Toulouse, agosto 1970.